

sin mancha, el capitán retirado de fragata D. Juan Antonio de Riaño, caballero del hábito de Calatrava, intendente, corregidor y comandante de las armas de Guanajuato. Nació en Liérganes, en las montañas de Santander, el día 16 de Mayo de 1757; hizo su carrera en la marina con honor, hallándose en las principales funciones de guerra de su tiempo, y obtuvo después distinguidos empleos en el ramo administrativo. Integro, ilustrado y activo como magistrado, no menos que dedicado á la literatura y á las bellas artes, cuando la revolución le obligó en sus últimos días á ceñir de nuevo la espada, ganó como militar el justo renombre de valiente y denodado, dejando en una y otra carrera ejemplos que admirar y un modelo digno que seguirá la posteridad (1).» El cadáver fué colocado en el cuarto número 2, interin pasaba el combate.

1810. Con la muerte del intendente se introdujo
Setiembre. la division y el desórden en las fuerzas que defendian la alhóndiga. Cuando mas se necesitaba la

(1) Don Carlos Maria de Bustamante en su *Cuadro histórico* tributando á su memoria justos elogios, dice sin embargo que luchando por una causa que no estaba de acuerdo con sus ideas, «murió como los suizos, por el que le pagaba.» No hay exactitud en esta comparacion. Los suizos cumplen con lealtad sirviendo al país que les ajusta, y mueren fieles á la nacion extraña que les paga. D. Juan Antonio Riaño, aun cuando hubiera combatido contra sus convicciones, que no combatió contra ellas, era español y militar, y como militar y español tenia deberes mas sagrados que cumplir para con su patria que el suizo que sacrifica su existencia al sueldo que gana. El señor Alaman haciendo justas observaciones á la inexacta apréciacion del referido escritor Bustamante, dice: «Es menester decir que Riaño nunca fué favorable á la idea de la independéncia, la que combatió desde que empezó á asomar, como lo hemos

union para caminar de acuerdo y oponer una vigorosa resistencia á los sitiadores, apareció la discordia debilitando la accion y entorpeciendo la defensa. El licenciado D. Manuel Pérez Valdés (e), asesor de la intendencia, pretendia ejercer el mando que habia tenido el intendente, sosteniendo que por la falta accidental del propietario, le correspondia ejercer sus funciones, segun la ordenanza de intendencias, al asesor. Su opinion propendia á capitular. El mayor D. Diego Berzabal, apoyándose en lo que previene la ordenanza del ejército, decia que siendo el que allí habia ejercido el mando de que se trataba meramente militar, á él le correspondia ejercerlo por ser el oficial veterano de mayor graduacion, manifestándose resuelto á la defensa. Siendo imposible decidir en aquellos momentos la cuestion, y no queriendo ceder ninguno de los dos del derecho que juzgaba le asistia, dió por resultado que no habiendo una autoridad reconocida, todos mandasen y nadie obedeciese. Unicamente los soldados llenos de subordinacion y de docilidad, acataban las disposiciones de los superiores, sin hacer la mas leve observacion.

Entre tanto la multitud de indios que coronaban el cerro del Cuarto, empezó á arrojar un diluvio de piedras

visto hablando de las juntas de Iturrigaray, á cuya celebracion se opuso: su muerte no fué la de un mercenario que vende su vida por interés; fué la de un militar de honor, que fiel á los principios que habia profesado toda su vida, sacrifica intereses, familia y existencia al cumplimiento de sus deberes, que es lo que constituye el honor de la milicia, la cual no es mas que un vil tráfico cuando se aparta de esta norma.»

con hondas y á mano, que competia con el mas espeso granizo en una deshecha tormenta. Para que esta lluvia de guijaros fuera incesante, se ocupaban millares de indios en cogerlos del rio de Cata, y otro número infinito en subirlos al cerro y amontonarlos al lado de los honderos. Aquello era una tempestad que salia de la negra nube de indios y de la plebe que se extendia por todo el cerro, lanzando de su seno un asolador pedrisco sobre las fuerzas realistas. Las piedras lanzadas en un breve espacio, cubrieron literalmente la azotea de la alhóndiga, levantando el piso de ella cerca de una tercia de su verdadero nivel. Los soldados, sin embargo, se sostenian en ella arrimados á la pared y disparando sus fusiles sobre la multitud. Siendo imposible sostener las trincheras situadas fuera del edificio por la muchedumbre que sobre ellas cargaba, se dió orden á la tropa que las guarnecia de retirarse á la alhóndiga. Obedecida la disposición, el capitán D. Manuel de la Escalera que estaba de guardia en la puerta, la mandó cerrar en cuanto entró la fuerza expresada, quedando con esta operacion, aislados y sin auxilio ni recursos los europeos que ocupaban la hacienda de Dolores. En la misma afflictiva situacion quedó la caballeria que se hallaba situada en la cuesta del rio de Cata.

Los sitiadores dirigieron entonces todos sus tiros y piedras desde el cerro del Cuarto sobre los soldados que aun permanecian en la azotea. Fué imposible ya á los soldados sostenerse por mas tiempo en aquel punto en que, dominados por la altura, se veian ofendidos sin poder ofender; heridos sin poder herir. En consecuencia se dió

orden para que bajasen, y distribuirlos en los puntos mas convenientes para la defensa del edificio.

Cuando la multitud sitiadora vió abandonadas las trincheras y la azotea, se precipitó, dando gritos de triunfo, por todas las avenidas que dirigian á la alhóndiga, y se acercó hasta el pié del edificio, como un alud que se desprende del alto de las nevadas montañas con estrépido espantoso. Los que iban detrás empujaban á los que iban delante, sin que pudiesen detenerse ni retroceder, arrastrando en su ímpetu cuanto encontraban á su paso. La fuerza de caballería realista fué completamente arrollada por el tremebundo oleaje de aquel océano de gente que rugia con furia espantosa, sin que hubiera podido hacer uso de sus armas para defenderse. El capitán Castilla que mandaba el escuadrón, cayó muerto, atravesado de heridas: gran número de soldados tuvieron el mismo fin; algunos lograron huir, y varios se pasaron á los vencedores. Unicamente el bravo oficial D. José Francisco Valenzuela, manteniéndose firme como la roca en que se estrellan las hinchadas olas, se estuvo quieto; y revolviendo á uno y otro lado el brioso caballo que montaba, se abrió paso con su espada por entre la multitud, recorriendo por tres veces la cuesta, hasta que arrancado de la silla por las puntas de las lanzas de la multitud que le rodeaba y suspendido en ellas, espiró gritando: «Viva España.» Este bizarro oficial, cuyo valor llenó de admiración á los que presenciaron el hecho, era nativo de Irapuato, y teniente de la compañía de aquel pueblo.

Desbaratada la fuerza de caballería, el empeño era penetrar en la alhóndiga para alcanzar completa victoria.

El obstáculo que se oponía al intento era la sólida puerta que estaba cerrada y que careciendo de artillería era difícil derribar. El cura Hidalgo, queriendo aprovecharse del entusiasmo que el triunfo sobre la caballería había despertado en su gente, dirigió la palabra á la multitud diciendo que buscasen barras y hachas para lograr el objeto. Entonces se acercó á él un jóven de veinte años de edad, operario de la mina de Mellado, llamado Mariano, aunque mas conocido entre sus amigos con el apodo de *Pipila* (1), y le dijo: «que sin necesidad de barras ni de hachas se atrevia á destruir la puerta si se le daba para comprar aceite de beto, brea y ocote (2).» Inmediatamente se le proporcionó lo que pedia, pues habia una tienda en la calle de los Pocitos y la subida de los Mandamientos, donde se vendian los objetos que solicitaba. Provisto de ellos y cubriéndose con una losa que se colocó en las espaldas defendiendo la cabeza, como los antiguos romanos con la *testudo*, se acercó á la puerta, la untó de aceite, llenó con la brea lo untado, le aplicó el ocote, y prendido el fuego, volvió cubierto siempre con la losa hácia donde estaban sus compañeros, en medio de los aplausos de la multitud (3).

(1) Pipila se llama vulgarmente en las cercanías de la ciudad de Méjico, y en la misma capital á los pavipollos.

(2) Madera semejante al pino, sumamente resinosa que sirve para alumbrarse y de que se hace mucho uso en las minas.

(3) Este hecho cierto, está adulterado un poco en el *Cuadro histórico* de D. Carlos Maria Bustamante, no intencionalmente sino por inexacto informe. Dice que Hidalgo dirigió la palabra entre el torbellino de gente que le rodea-

Pronto empezó la puerta á arder, y conociendo los de adentro que inmediatamente que fuese devorada por las llamas, la multitud se lanzaria por la entrada al interior del edificio, se apresuraron á aglomerar todos los elementos de defensa para oponerse á su paso. Pero antes de que la puerta cayese hecha ascuas, los sitiadores, no pudiendo contenerse, se lanzaron al asalto en confuso tropel, ansiosos de vencer á sus contrarios y de apoderarse de los tesoros que allí se encontraban reunidos. Entonces

ba, á un hombre que le regenteaba, y le dijo: «Pipila, la patria necesita de tu valor. ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la alhóndiga?» La equivocación está en solo este primer punto, pues en lo demás el hecho lo refiere de la misma manera que dejo expresada. No es verosímil que Hidalgo, que acababa de llegar á la poblacion, supiera el apodo de un pobre y oscuro muchacho de una mina, ni que se fijase precisamente en él cuando lo natural era dirigir la invitacion de derribar la puerta á todos, como lo hizo. D. Lucas Alaman dice «que la relacion del Sr. Bustamante, es del todo falsa»; pero sufre un error, pues si cierto es que no es exacta en el modo con que la refiere, lo es en la esencia. Para negar absolutamente el hecho se funda D. Lucas Alaman en que «el cura Hidalgo, habiendo permanecido en el cuartel de caballería, en el extremo opuesto de la ciudad, no podia dar orden alguna,» y en que «el nombre de Pipila es enteramente desconocido en Guanajuato». Pero respecto de lo primero manifestado queda, por el testimonio de numerosas personas, como lo demuestra el Sr. Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, que Hidalgo se encontró constantemente recorriendo los puntos en que se hallaba su gente; y por lo que hace al nombre de Pipila, el que no se use esa palabra en Guanajuato, en la generalidad de los vecinos, no arguye que no hubiese entre los operarios de la mina de Mellado, algun mejicano ó que hubiese estado en Méjico, que no pusiese ese apodo á uno de los compañeros, y que despues fuese conocido por los demás con ese nombre. Lo que no cabe duda es que el hecho es cierto. El jóven, dice D. José Maria Liceaga en su obra varias veces mencionada por mí, «iba y venia diariamente por el barrio del Terremoto y subida nombrada de los Mandamientos, la cual está en frente de Granaditas,» por lo cual, «no solo le conocian, sino que lo trataban con frecuencia los vecinos de ese rumbo, los cuales y los demás del pueblo que seguian al cura, observaron

se puso en planta la invencion de D. Gilberto de Riaño, de haber transformado en granadas de mano los frascos de azogue. Deseando vengar la muerte de su padre y llevado de su valor, se presentaba en todas partes, seguido de D. Miguel de Bustamante y de otros que secundaban sus esfuerzos, arrojando sobre la multitud apiñada junto al edificio, los terribles proyectiles que, al hacer la explosion, causaban numerosas víctimas. Pero desde la muerte del intendente faltaba el orden, y mientras unos lanzaban los destructores frascos, el asesor D. Manuel Perez Valdés hacia tremolar un pañuelo blanco en señal de parlamento. Los asaltantes al ver que se les hacia fuego, no obstante la indicacion de paz que marcaba el lienzo blanco, redoblaban, llenos de indignacion, sus esfuerzos por entrar, atribuyendo á infamia y villanía lo que no era otra cosa que resultado del desacuerdo y confusion que reinaba en los asaltados. Viendo el asesor que ninguno de los defensores de la alhóndiga dejaba de combatir y queriendo hacer cesar los estragos del combate, se propuso enviar un parlamentario para conseguir su obje-

y supieron lo que se relaciona en el párrafo anterior: esto es, que prendió fuego á la puerta. «Lo expuesto,» añade el Sr. Liceaga, que se hallaba entonces en Guanajuato, «fué muy sabido y se siguió repitiendo en las conversaciones que se referian á lo que entonces pasaba; y sin embargo de haber sido tan notorio, quise, al escribir estos apuntes, el asegurarme mas acerca de la verdad: y aunque ya faltaban los que en el año de diez habitaban en ese barrio, pero habiendo tenido noticia de que aun existia una persona que habia conocido á Pipila, procuré que se buscara, á la que no se encontró sino hasta despues de algunos meses; y preguntado con individualidad sobre los pormenores referidos, contestó enteramente conforme con los mismos.»

to. Al efecto hizo que, atado á una cuerda, bajasen á un soldado desde una ventana del edificio á la calle; pero el infeliz llegó acribillado de heridas y despedazado al suelo. El sacerdote D. Martin Septiem trató entonces de salir de la alhóndiga, creyendo que por su carácter de ministro del altar le respetaria la muchedumbre. Confiando en ello y en un Crucifijo que tomó en las manos, se dirigió á la calle; pero la multitud que estaba ciega de ira, le envió un diluvio de pedradas, que haciendo pedazos el Cristo y la cruz, no le dejó mas arbitrio que el de la fuga para salvarse. A ella recorrió el asustado sacerdote que estaba lleno de heridas, aunque leves, y como la gente estaba únicamente interesada en penetrar al edificio, no se ocupó de perseguirle (1). Mientras unos defendian con indómito valor la entrada á la alhóndiga y el asesor continuaba agitando el pañuelo blanco pidiendo

(1) Es inverosímil lo que D. Lucas Alaman refiere con respecto á lo del Santo Cristo con que se presentó el padre Septiem. Dice, «que la imágen del Salvador, que llevaba en las manos, voló hecha astillas á pedradas y que el padre, empleando la cruz que le habia quedado en la mano como arma ofensiva, logró escapar, aunque muy herido, por entre la muchedumbre.» Casi toca en lo imposible que las pedradas únicamente fuesen á dar sobre la imágen hasta hacerla astillas, y la cruz en que estaba enclavado saliese intacta. Pero si esto es verosímil, no lo es menos que con esa diminuta cruz, convirtiéndola en arma ofensiva, se abriese paso por entre la multitud. Hubiera bastado que hubiese dirigido un solo golpe con ella á los que le cerraban el paso, para que, perdido el respeto, le hubieran hecho pedazos. Este eclesiástico, era tio del expresado historiador D. Lucas Alaman, y á la media noche de aquel terrible dia, disfrazándose con el traje de la gente del pueblo, fué á la casa de la familia del referido historiador á que le curasen las heridas. El fué el primero por quien D. Lucas Alaman, que entonces tenia diez y ocho años, supo los acontecimientos de la alhóndiga.»

parlamento, varios españoles arrojaban dinero por las ventanas para ver si los asaltantes, por la codicia de recogerlo, dejaban de continuar el combate. La confusion que reinaba entre los asaltados era indescriptible: unos pedian á gritos que se capitulase, mientras otros excitaban al combate á sus compañeros (1). D. Gilberto Riaño, queriendo poner en parte mas retirada del sitio del combate el cadáver de su padre, hizo que lo condujeran á la troje número 21.

1810. El bizarro oajaqueño D. Diego Berzabal, Setiembre. viendo que la puerta continuaba ardiendo y que pronto debia caer reducida á cenizas, reunió á los soldados que pudo de su batallon, y formándolos frente de la entrada, se dispuso á disputar el paso á los que tratasen de penetrar en el edificio. Al fin la puerta vino al suelo, y una descarga cerrada se lanzó sobre los asaltantes. El suelo quedó sembrado con los cadáveres de los que habian entrado primero; pero la multitud, empujando á los que iban delante, inundó el patio, cayendo con ímpetu terrible sobre sus contrarios, y mientras un número infinito de indios y de plebe trataba de despedazar á los que habian hecho fuego sobre sus compañeros, otro no menos numeroso invadia las escaleras y los corredores emprendiéndose un combate sangriento en cada punto.

(1) Sufre una equivocacion el Sr. Alaman, al decir que «muchos, persuadidos de que era llegada su última hora, se echaban á los piés de los eclesiásticos que allí habia á recibir la absolución.» En la alhóndiga no habia mas eclesiástico que el padre Septiem, segun asegura el Sr. Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, y como éste habia logrado salir, era de todo punto imposible que se verificasen esas escenas de absolucion.

El mayor Berzabal, no pudiendo resistir al empuje de la muchedumbre que sobre él y su corta fuerza cargaba, se retiró en orden y luchando á uno de los ángulos del patio. Casi todos sus soldados habian perecido y no le quedaban mas que unos cuantos hombres. Allí se dispuso á defender, hasta exhalar el último aliento, las banderas de su batallon con los abanderados Marmolejo y Gonzalez. Pronto cayeron muertos estos dos últimos, atravesados de heridas. Berzabal tomó entonces las banderas, y abrazándolas con el brazo izquierdo, siguió defendiéndose con su espada, y rotá esta, con una pistola. Así se sostuvo aquel valiente hasta que, atravesado por numerosas lanzas, cayó sin vida; pero sin abandonar, ni aun espirante, las banderas que habia jurado defender. ¡Sublime hecho de heroicidad digno de imitarse por los que se dedican á la carrera de las armas (1)! Vencida la fuerza principal, los indios y la plebe se derramaron por todo el edificio sin encontrar mas resistencia que la de los esfuerzos aislados de algunos individuos, como un español llamado Ruymayor, que no dejó acercarse á nadie hasta no haber disparado el último cartucho. Los españoles que habian quedado aislados en la hacienda de Dolores, intentaron salvarse saliendo por una puerta posterior que da al puente «de palo» sobre el rio de Cata; pero cuando intentaron la salida, era ya tarde: los asaltantes se habian apoderado de ella, y se vieron precisados á irse retirando poco á poco á la noria que era punto elevado, donde se propusieron

(1) Este hecho consta de una informacion judicial hecha á peticion de su familia, que D. Lucas Alaman vió, segun asegura.

defenderse á todo trance y vender caras sus vidas. Los insurgentes atacaron con indecible arrojo; pero sin órden, tumultuariamente y en confuso tropel. A la descarga cerrada hecha por los acometidos, el campo se regó de cadáveres de indios y de gente del bajo pueblo, que contuvo por un momento á las numerosas masas que á poco volvieron á cargar con igual ímpetu, aunque no con mas prudencia. La lucha se hizo en aquel punto sangrienta. Entre los españoles que habian resuelto morir matando, se distinguian por su valor D. Francisco Iriarte, el mismo á quien Riaño habia dado la comision de prender á Hidalgo en Dolores, y le dió luego aviso del pronunciamiento, D. Joaquin Alcayaga, D. Martin Martinez Arellano y los dos hermanos Portu (1). Iriarte principalmente llamaba la atencion por su serenidad y bizarría. Tirador excelente, mató diez y ocho de sus contrarios (2). Pero nada era capaz de poder contener la potente fuerza de aquel torrente de asaltantes. Casi todos los españoles quedaron muertos ó heridos sobre el campo, y los pocos que no habian caido con sus compañeros, se arrojaron á la noria para no rendirse, donde perecieron ahogados.

Eran las cinco de la tarde cuando las fuerzas de Hidalgo se habian enseñoreado de la alhóndiga y de la hacienda de Dolores. La victoria habia sido completa, y ponía al cura Hidalgo en posesion de una ciudad rica en que podia proporcionarse grandes recursos para continuar su empresa. Si el intendente Riaño no hubiera perecido,

(1) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

(2) Bustamante: *Cuadro hist.*, tom. 1.º—Alaman: *Hist de Méj.*

la defensa se habria prolongado algun tiempo mas; però el resultado hubiera sido el mismo. La multitud se habia presentado resuelta á vencer, y no hubiera desistido de su empeño aunque hubiese reinado el mayor orden en los sitiados. Era gente valiente y decidida que por la primera vez se hallaba en un combate, y excitado su entusiasmo, se hubiera arrojado de la misma manera sobre el edificio hasta tomarlo, aunque hubiera perecido doble número de asaltantes.

Enseñoreados de la alhóndiga los indios y la plebe, se entregaron á sangrientos actos de venganza, cerrando el corazón á la compasión y los oidos al clamor de los vencidos. En vano pedían piedad, de rodillas, los que deponian las armas, pues mortales heridas eran las que respondian á su voz; ninguno de los que eran alcanzados se libraba de la muerte: varios soldados del batallón perecieron á manos de la multitud despues de haberse rendido: otros lograron escaparse quitándose el uniforme y mezclándose entre la plebe. Viendo algunos jefes aquellas escenas de sangre cometidas sobre gente ya rendida, dieron orden de que no se insistiera en acabar con los que ya no se defendian. Merced á esta disposicion cesó la matanza. Muchos jóvenes oficiales pertenecientes á distinguidas familias de la ciudad perecieron en la defensa de la alhóndiga, y no pocos quedaron heridos. Entre estos se hallaba D. Gilberto Riaño y D. José Maria y D. Benigno Bustamante. Al lado de los cadáveres de esos valientes y pundonorosos militares con que la ciudad de Guanajuato se envanecia justamente, se encontraban otros muchos de ricos comerciantes españoles establecidos en

la poblacion, y relacionados con lo mas selecto de la sociedad. Tambien pereció á manos de la muchedumbre frenética un comerciante italiano llamado Reinaldi. Hacia muy pocos dias que habia llegado á Guanajuato con una memoria de mercancías, y creyendo que en la alhóndiga estarian seguros los intereses que llevaba, se pasó á ella con un hijo suyo, tierno niño de ocho años de edad. Reinaldi pereció acribillado de heridas, y su inocente niño fué estrellado contra el suelo por los indios y arrojado del corredor al patio (1). Varios individuos que se habian ido á ocultar en la troje número 21, en que se depositó, como he dicho, el cadáver del intendente y á donde despues se llevaron los de otros oficiales distinguidos, fueron descubiertos y sin piedad ninguna muertos. Acto continuo despojaron á todos de sus vestidos sin dejarles ni aun la camisa. Al dejar desnudo el cadáver del español D. José Miguel Carrica, se vió que estaba cubierto de silicios: era un hombre sumamente virtuoso, y al notar los objetos con que se martirizaba, corrió la voz entre la multitud que se habia encontrado un gachupin santo. Los que no perecieron en el combate y en las escenas de sangre que siguieron á los primeros instantes del triunfo, fueron conducidos atados en cuerda, desnudos y cubiertos de graves heridas, á la cárcel pública que habia quedado desocupada por haber puesto, como dejo dicho, en libertad á los reos. La distancia que tenian que atravesar

(1) La esposa de Reinaldi, que habia sido bailarina, al verse viuda y sin recursos, volvió á su antiguo ejercicio, y por muchos años trabajó en el teatro de Méjico con el nombre de la Farlotti.

era bastante larga, pues la cárcel se hallaba situada en el centro de la ciudad y la alhóndiga en el extremo opuesto. La multitud, incontenible en sus actos de odio cuando ha dado libre rienda á sus pasiones, se agolpaba sobre ellos amenazándoles con la muerte y dándoles terribles golpes, muriendo algunos en el tránsito, y otros en la prision, como Alcayaga (1). El capitan D. José Joaquin Pelaez (e) que era uno de los que conducian preso, se valió de un feliz arbitrio para evitar que le matasen en aquel peligroso tránsito. El ingenioso arbitrio fué hacer creer á los que le conducian, que Hidalgo habia ofrecido un premio al que le presentase vivo (2). A D. Gilberto Riaño, así como á D. Bernardo Bustamante con sus hijos, se les permitió que salieran de allí á curarse de sus graves heridas, en una casa particular.

1810. El número de muertos de una y otra parte
Setiembre. en las cinco horas que duró el combate, apreció el ayuntamiento de Guanajuato en tres mil. Don Mariano Abasolo, en su causa, procurando quitar la fuerza á los cargos que se le hacian por los sucesos, dice que fueron muy pocos. Teniendo presente D. Lucas Alman lo manifestado por el ayuntamiento y lo dicho por

(1) «Y como estaba» (la cárcel) «en el centro de la ciudad, se atravesaba casi la mitad de la poblacion, con los que conducian desnudos, gravemente heridos, arrastrándolos y golpeándolos; de suerte que algunos murieron en el tránsito.»—Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

(2) Don Carlos María de Bustamante, en su *Cuadro histórico*, se lamenta de que no hubiese perecido entonces el expresado capitan Pelaez, por los servicios que despues prestó al gobierno.